

## III.

## DOCUMENTOS PORTUGUESES.

En Cintra está firmada la primera carta que la Princesa María dirigió al dicho Cardenal Tavera, Primado de las Españas, con fecha 20 de Junio de 1543. Dícele que como á hermano le aprecia y que afectuosamente le saluda; y añade que como de quien procede estima mucho el contentamiento que tiene por causa de su proyectado enlace; y que no ignora con cuánta bondad y ahinco había deseado aquel matrimonio y procurándolo con sus buenos oficios y consejos, por lo cual le queda muy agradecida y dispuesta á complacerle en todo <sup>1</sup>.

La misma piedad, discreción y reverencia que la Princesa muestra en la carta que se acaba de leer, ofrécese igualmente en otra de la Reina su madre, también dirigida con la misma fecha y desde el mismo punto al susodicho Cardenal. El fondo y sustancia de esta carta viene á ser el mismo de la anterior, aunque expresado con términos distintos. Porque le manifiesta

<sup>1</sup> Hé aquí el original en lengua portuguesa conforme se escribió: «Rmo. en Xristo Padre que como irmao muito Prezzo. Eu (yo) a Princeça de Castela Infante de Portugal, etc. Vos envio muito saudar. No contentamento que tendes de meu casamento ystimo muito et sey que sera como de quem vos soys, et com'a mesma vontade com que sey que ha muyto que assy ó deseiaveis, et conforme a ysto achareis sempre aminha para em tudo vos comprazer e amostrar asemanca que eu de vossa boa vontade Tenho Revmo. en Xpo. Padre que como irmao muito prezzo, Nosso Snor vos aia en sua sancta guarda. Scripta en Sintra á xx dias de Junho de MDXXXIII.

Eu a Princesa.»

De esta Princesa dicen los autores que tenía cinco meses menos que D. Felipe; «que fué de mediana estatura y figura muy buena; el aire gracioso y distinguido. Entró en Salamanca ricamente vestida y con capa española, siendo recibida por los profesores y estudiantes de la Universidad, por los Regidores y escoltada por las tropas...» Nameche; página 91.

en pocas palabras, que bien conoce el interés que se ha tomado en el casamiento de su augusta hija y el mucho celo que demuestra por sus cosas y por las del Rey su esposo; con el cual motivo se ofrece muy reconocida á su servicio <sup>1</sup>.

No una, sinó varias cartas originales se guardan en los dichos archivos toledanos de manos del Rey D. Juan III de Portugal, primer suegro de D. Felipe II, dirigidas al mismo don Juan Tavera con motivo de este matrimonio entre el Príncipe español y la Infanta portuguesa. En todas ellas aparece fe, cariño grande y mucha reverencia para con el Arzobispo de la Iglesia primada. Y en ninguna de ellas deja de manifestar el amor, confianza y reconocimiento que debe al Cardenal Primado por la buena parte que tuvo en elevar á su hija al trono de San Fernando. Por uno de estos reales documentos, escrito en Lisboa á 3 días de Noviembre de 1543, se infiere que la Infanta Doña María vino á Salamanca quizá algunos días antes de la fecha 15 del mismo mes que suelen señalar los autores. Así mismo enseña que la Princesa fué encomendada, para pasar de su nación á la nuestra, al cuidado del Rmo. Arzobispo de Lisboa, su deudo y embajador de Portugal en la corte de España. De suerte que en el concierto matrimonial del Príncipe D. Felipe, andaba empeñado el consejo santo y amor siempre patrio de eminentes Prelados de la Iglesia y Ministros de Dios. Véase

<sup>1</sup> Véase también aquí copiada: «Reverendisimo en Christo Padre que como irmao muito prezzo, Eu Dona Catherina per graça de Deos Rainha de Portugal e dos Algarves Daquem e Dalem mar en Africa Snora de guinee e da conquista navegaçam (sic) é comerecio, De Etiopia arabia, persia et da india, infant d'alemahna de Castela de liom daragon das duas sicilias de hierusalem etc. vos envio muito saudar, o pracer que vos abreis de ter de este casamento se acabar eu tenho entendido muito tempo ha, e sey a vontade que tendes em todas as cousas del rey meu Snor et minhas e ysto esta asy em mim como o vos sempre achares em todas as vossas quando vos comprir, et porque en cousa tam certa et tam asentada como he esta vossa voa vontade e a confiança que de vos tenho nao he necesario dizer mais onao digo nesta, Rmo. in Christo Padre que como irmao muito prezzo, nosso Snor vos aia sempre em sua sancta guarda. Scripta en Sintra á xx dias de Junho de 1543 Eu a Raynha.»

abajo en la nota el escrito original que todas estas cosas manifiesta claramente <sup>1</sup>.

Con las cartas de los Reyes é Infanta de Portugal, vino también otra de mano del dicho monarca dirigida al mismo Prelado toledano. Debe leerse aquí trascrita, porque se ve en ella mejor que en otra alguna la fe católica de su regio autor y los intentos que llevaban en el pecho los que trataban el asunto del matrimonio real. Los cuales no eran sinó el servicio divino y el engrandecimiento de uno y otro reino, atribuyendo á Dios el arreglo de aquel enlace y contrato sacramental <sup>2</sup>.

No hay en ninguno de estos documentos, hasta ahora ignorados del público, miras mundanales, ni ambiciones inicuas, ni soberbia de soberanos prepotentes, ni vanagloria de gentes vacías y de poco peso, sinó señales de religión, compostura y gravedad en sus autores, que andan en busca de caminos para

<sup>1</sup> «Rmo. in Christo padre que como irmao muito amo. Eu Dom Johao per graza de Deos rey de Portugal et dos algarves da quem et dalem maar em Africa, Snor de guinee da conquista et navegacao et comercio de Ethiopia, arabia, persia e da india, etc., vos envio muito saudar, eu faley a o arzobispo de Lixboa meu muito amado primo meu capelao moor é meu embaixador que envio co a princesa minha filha o que da minha parte vos dira de lengua da muito voa vontade que vos tenho e do muy grande contentamento que sempre receberey de se ofrecer poder vo la mostrar, así como o desevo. Et porque o dito arzobispo o ha de facer larguamente he escusado dizer nesta mais e me remeto a ella. Rmo. in Christo padre que como irmao muito amo, noso Snor vos aia sempre en sua sancta guarda, scripta en *Lixboa á 3 dias de Novembre de 1543.*—Eu o Rey.—»

<sup>2</sup> Dejando los títulos é introducción de costumbre, comienza así: «Eu o rey Dom Joam, etc., vos envio muito saudar. Por muy certo tenho que vos caberia aparte do pracer destes casamentos que deve ser en quem vos soeis por todas as calidades delle et po lo que me dixo cabe sei que o terieis conforme á vontade que sempre de vos tenho conhecida que en muito istimo como sempre o achareis en min no que á vos tocar, et ein noso Snor espero pois foi servido de este negocio tambien so acabar que seia per a tanto descanso e contentamento de todos como e recao e tan conforme á o servicio do Empor. et bem de seus regnos e Srios. como se deve de deisear. Rmo. in Christo Padre que como irmao muito amo, noso Snor vos aia sempre em sua santa guarda. Scripta en Sintra á xx dias de Junho de M.D.XLIII.

—Eu o Rey.—»

llevar adelante la santa unión de dos príncipes y quizá de dos naciones que en porvenir no lejano pudiera ser imperio catolicísimo y formidable á los cetros y coronas heréticas del Norte, privadas de autoridad y fe católica, esclavizadas ya entonces por la revolución y errores de Lutero y de Calvino, y por consiguiente convertidas en espantoso y verdadero infierno <sup>1</sup>.

¿Quién duda que éstos y no otros fueron los propósitos levantados del Príncipe Prudente, del Cardenal Tavera, del insigne Obispo Siliceo, del duque Guzmán, el de Medinasidonia, del embajador castellano en Portugal D. Luis Sarmiento, del conde de Benavente, del Arzobispo de Lisboa y de cuantos intervinieron en el regio enlace, todos ellos muy amadores é hijos fieles de la Iglesia Romana y enemigos irreconciliables de luteranos y calvinistas?

Tamaños planes y concepciones de primera magnitud entraban y bullían sin duda y con frecuencia en el pecho de Don

<sup>1</sup> En gran manera debió agradar á Dios, á la Iglesia y á las buenas almas el casamiento de nuestro Príncipe, cuando nada ménos que el insigne fundador de la benemérita Compañía de Jesús, San Ignacio de Loyola, lo aplaude con estas palabras dirigidas al Rey D. Juan III de Portugal: «Para lo cual como no poco ayude la buena y Santa compañía, siempre perturbando y estorbando la mala, *enteramente nos hemos gozado en el Señor Nuestro en sentir los tan saludables casamientos que V. A. ha ordenado* (el de D. Felice con Doña María de Portugal y el de Doña Juana, hermana del Príncipe español, con el heredero de la corona portuguesa, llevado á cabo posteriormente) *seyendo más obra divina que humana para tanto bien de muchos y para más reposar y segurar esos regnos;* en los cuales parece que el Señor Nuestro tanto reluce, quanto por otras partes todo se oscurece. Plega á la altísima y Santísima Trinidad, por la su infinita y suma bondad, dando á Vuestra Alteza entero gozo espiritual de lo que así tan santamente consultando ha instituido, por las sus misericordias infinitas dignándose y condo-liéndose, quiera mirar sobre su pueblo cristiano y tan caramente comprado...» Carta 40 de San Ignacio, pág. 154 del primer volumen de las *Cartas de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús.* Madrid, 1874. Publicáronlas en tres tomos para gloria de Dios, consuelo de las almas y provecho de las letras, los muy diligentes y doctos Padres Juan José de la Torre, Antonio Cabré y Miguel Mir. Hoy son ya seis los volúmenes de las cartas del santo fundador de la Compañía de Jesús, coleccionadas y muy eruditamente anotadas por sus hijos, y entre ellos por el doctísimo y tan modesto P. Vélez.

Felipe siendo aún mozo. Y por lo que toca al que arriba se acaba de apuntar, aparece ya indicado en las historias del siglo XVI. El historiador citado Luis Cabrera de Córdoba, al referir cómo D. Felipe no vió con buenos ojos casarse con la hija del rey de Francia, según se le proponía, escribe que anteponiendo en amor á la Infanta portuguesa, quería además que á su tiempo casase la Infanta Doña Juana su hermana (niña entonces) con su primo el Príncipe de Portugal, *asegurando la sucesión y confirmando la unión* <sup>1</sup>.

Al año siguiente de efectuado el matrimonio, 1544, que tantas esperanzas y gratísimos augurios ofrecía para la vida de la verdad y muerte de las herejías, parió la Princesa en Valladolid un hijo, el desdichado Príncipe D. Carlos. Dió alegría en sumo grado á la nación aquel nacimiento, pero la entristeció y cubrió de luto la muerte prematura de la cristianísima Princesa, dejando á su esposo D. Felipe envuelto en dolor y pensamientos profundos sobre la nada de las cosas y planes de los hombres <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Luis Cabrera: *Historia de D. Felipe II*, lib. 1.º, cap. II, pág. 8.

<sup>2</sup> Si merecen asenso antiguas y modernas relaciones, será preciso creer que esta muerte tan sentida y llorada, como prematura, acaeció por causa de un antojo de la augusta señora recién parida. «La princesa pidió un limón, fruta que apetecía mucho, y las damas que, como niñas, tenían poca experiencia del daño que podía ocasionar este antojo, se le dieron luego y ella le comió con mucho gusto; pero á breve rato sintió ponzoña la golosina, y tan eficaz, que sin aprovechar remedio alguno espiró á la violencia del dolor. Publicóse la repentina muerte, y con ella la justísima causa de las lágrimas y tristeza universal, pues considerando su florida edad, que aún no llegaba á 18 años, su hermosura la más perfecta que se conocía en España, su virtud y su discreción tan grandes como su belleza, y la experiencia de su fecundidad, no se daría circunstancia que no fuese incentivo de la pena.» Mariana. Continuación de su *Historia* por José Medrano, pág. 448.



## CAPÍTULO IV.

### SUS VIAJES.

#### I.

**A**NDA escrito en letras de molde ya desde el siglo XVI, que el prudente D. Felipe, encogido y por su carácter apocado, desconoció de todo punto las costumbres y civilización de los pueblos europeos. Sus viajes, al decir de cómicas relaciones, se redujeron «á caminar en posta de Madrid al Escorial; del Escorial al Pardo; del Pardo á la villa de Aranjuez, y de este Real Sitio á la capital del reino» <sup>1</sup>. Con lo cual quieren y suelen señalar los enemigos fieros en el ánimo del Príncipe, cierta rusticidad que le salía al rostro, ferocidad en sus acciones, falta de tratar gentes, y como natural consecuencia, la pequeñez y pobreza de todos sus pensamientos. Quien así habla ignora por completo que D. Felipe II, muerta su primera esposa, emprendió viaje larguísimo por el centro de Europa de que sacó grande provecho para el espíritu. Y no marchaba volando, como ahora sucede, empaquetado en un wagón, sin hacerse cargo de las costumbres, grandezas y monumentos de los pueblos; sinó que regiamente, seguido y acompañado de

<sup>1</sup> Dícese que ésto escribió primero que nadie, burlándose de su padre, el Príncipe D. Carlos en un libro en blanco, al que puso el titulo de *Los viajes del Rey D. Felipe II*. De ello hacen mérito los embajadores venecianos de aquel tiempo. ¿Mas no será todo ésto quizá invención escarnecedora del despedido Antonio Pérez?